

¿En qué Dios creemos los que creemos en Dios? El “escándalo” del Dios de Jesús

Rev. Aragon. Teol. 53 (2021)

Laurentino Novoa Pascual CP

En el mundo hay muchos millones de personas religiosas, muchos hombres y mujeres que hablan de Dios y dicen creer en Dios. Judíos, cristianos y musulmanes, considerados como las grandes religiones monoteístas, dicen creer en un Dios único. Otras religiones de la humanidad también hablan de Dios y tienen representaciones de Dios, aunque con formas diferentes. Muchos hablan de Dios, creen en Dios y rezan a Dios. Los cristianos, cuando rezamos el credo que nos une, comenzamos diciendo “creo en Dios”. Pero hemos de preguntarnos realmente ¿en qué Dios creemos los que creemos en Dios?¹ La fe y la increencia pueden llegar a ser algo muy variado y complejo, que a veces se entremezclan e interfieren de manera equívoca. Cuando hablamos de Dios, podemos tener ideas e imágenes muy variadas, distintas y hasta contradictorias. K. Rahner llegó a hablar de “un ateísmo por respeto a Dios”².

“La Palabra ‘Dios’ es la más vilipendiada de todas las palabras humanas. Ninguna está tan manchada y tan dilacerada. Las generaciones humanas han descargado el peso de su vida sobre esta palabra y la han destrozado. Yace en el polvo y sostiene el peso de todas ellas: las generaciones humanas, con sus disensiones religiosas, han matado y se han dejado matar por esta palabra, que lleva sobre sí sus huellas y su sangre. Los hombres dibujan un monigote y escriben debajo la palabra Dios”³. Este pensamiento de M. Buber (1878-1965) puede muy bien introducirnos en nuestra reflexión sobre el tema.

Hablar de Dios y creer en Dios puede resultar un “escándalo”, como lo fue el Dios anunciado por Jesús para los responsables religiosos del pueblo de Israel. Es verdad que puede parecer extraño o llamativo hablar hoy de “escándalo” cuando hablamos de Dios, en una sociedad como la nuestra, en la que ya nadie parece escandalizarse de casi nada, o donde los únicos escándalos que interesan y llenan páginas en la prensa, son los escándalos económicos, políticos, deportivos, o los escándalos de los famosos. Es verdad que se siguen escribiendo libros sobre Dios:

¹ La pregunta nos trae a la memoria el libro publicado en 1996 con el título *¿En qué creen los que no creen?*, que recogía el intercambio de cartas de Umberto Eco y el cardenal Martini sobre esta cuestión abierta.

² Cf. M. Lütz, *Una breve historia de lo eterno*, Santander 2009, 52.

³ Citado en: H. Zahrnt, *Dios no puede morir*, Bilbao 1971, 23.

unos intentan hablar de él desde la actualidad que nos toca vivir⁴, otros filosofan y otros simplemente lo manipulan o utilizan, pero nadie parece escandalizarse o sorprenderse... Dios más bien parece dejar indiferente, pasota o frío a la mayoría. Y, sin embargo, cuando Dios se manifiesta o entra en la vida de las personas es siempre una piedra de escándalo, que convulsiona; es una experiencia que revoluciona la vida de las personas y cambia los esquemas.

Dios transformó a Abraham sacándolo de su tierra, luchó con Jacob venciendo y multiplicando su descendencia, revolucionó la vida de Moisés llamándolo a liderar un pueblo de esclavos, despertó la conciencia de Israel, “el pueblo más pequeño” (Dt 7, 7), haciendo de él un pueblo peregrino y el pueblo de las promesas, sedujo a los profetas llamándoles de una vida tranquila y anodina para convertirlos en testigos de su amor; eligió a David sacándolo de los apriscos, el más pequeño de los hijos de Jesé, e hizo de él un gran rey; se fijó en una virgen humilde para llevar a término sus proyectos mesiánicos; nos desveló todo su amor en Jesús de Nazareth, el Hijo amado de Dios, y éste murió crucificado... Los cristianos creemos en un “Dios Crucificado” y esto, en el conjunto de las religiones y no sólo para los judíos, resulta un escándalo mayúsculo... ¿Qué es Dios o quién es Dios para nosotros, cristianos del siglo XXI? ¿En qué Dios creemos y confiamos? ¿En el Dios de los filósofos, el orden, la metafísica y la ley? ¿O en el Dios de las personas, del Evangelio, de la cruz y del amor? ¿Qué sentimientos produce en nosotros la fe en Dios? ¿de tranquilidad, satisfacción y autocomplacencia, o tal vez de inquietud, búsqueda y cuestionamiento permanente? ¿Qué significa para mí creer en Dios? ¿acomodación o compromiso, *establishment* o escándalo?

I. ¿En qué Dios creemos?

Se cuenta que un periodista preguntó en el curso de una entrevista a A. Einstein (1879-1955) si creía en Dios y el científico respondió: “Dígame Ud. antes que entienda por la palabra ‘Dios’ y entonces le diré si creo en él”. No todos los que creemos, ni siquiera los que estamos bautizados y nos llamamos cristianos, entendemos lo mismo cuando decimos “creo en Dios”, ni la misma palabra significa siempre lo mismo para todos: “La palabra ‘Dios’ es equívoca, infinitamente más de lo que se cree, y algunos se imaginan que aman a Dios, cuando en realidad no aman efectivamente más que a un cierto fantasma inmenso que se han forjado”⁵, escribió a finales del siglo XVII el filósofo cristiano N. Malebranche (1638-1715). A veces es posible que estemos creyendo, o haciendo que creemos, en un Dios imaginado por nosotros más que en el Dios que se nos ha ido manifestando en la revelación divina.

⁴ Cf. W. Kasper – G. Augustin (eds), *Dios en la pandemia*, Santander 2020.

⁵ N. Malebranche, *Traité morale*, I, III, 2; citado en: D. Morin, *Dios*, Estella 1990, 15.

L. Feuerbach (1804-1872), el inspirador de la filosofía marxista y “padre del ateísmo moderno”, en su obra “La esencia del cristianismo” (1841), ve a Dios como un producto de la imaginación o del deseo del hombre y la religión como un sueño del espíritu humano⁶. Si analizamos a fondo nuestras propias creencias, puede ser que descubramos que tiene buena parte de razón, pero no precisamente porque tengamos intención de negar o distorsionar a Dios, sino simplemente porque nos hacemos nuestra propia idea de Dios, que no quiere decir que coincida con el verdadero Dios del que habla la Palabra divina. J. P. Sartre (1905-1980) creyó que si Dios existe, el hombre es nada, pues Dios sería quien lo gobernase todo, lo dispusiese todo y el hombre dejaría de ser libre; así lo plasmó en varias de sus obras, como “El Diablo y el Buen Dios” o en “Las Moscas”; Julien Green (1900-1998), después de asistir a la representación de “Las Moscas”, escribió en su “Journal”: “El dios que nos presenta Sartre es tan mediocre y tan limitado que fácilmente se comprende el ateísmo del autor respecto a un dios de ese formato. Si Dios fuera el dios de Sartre, yo sería veinte veces ateo, yo sería un ateo fanático de semejante dios. Pero, como tantas veces sucede, se ha equivocado de persona”⁷.

El filósofo y estadista inglés F. Bacon (1561-1626) escribió que “sería mejor no tener ni siquiera una opinión de Dios que tener una opinión indigna de él”, y, sin embargo, es muy posible que permanentemente nos estemos haciendo ideas equivocadas e indignas de Dios; es posible que nos hagamos un Dios a nuestra medida, un Dios ajustado a nuestros gustos o nuestros esquemas lógicos... Hay “dioses para no creer”, como escribió J. Vives en un artículo hace algunos años⁸; y todos podríamos hacer una larga lista del “Dios en quien no creo”, como hizo J. Arias en un libro que lleva este mismo título, escrito a finales de los años 60 del pasado siglo⁹. La gran tentación del hombre creyente es, como fue para el pueblo de Israel, olvidarse de Yahwé¹⁰, cansarse de caminar cada día tras las huellas de Dios por el desierto, olvidar al Dios exigente de la Alianza, y hacernos nuestro propio “becerro de oro”, es decir, un Dios a nuestra medida, que se pueda llevar y traer, tocar y manejar, modelado por nuestras manos y a nuestro gusto, instrumentalizado para nuestros propios fines humanos, hecho objeto de mercado... No siempre es fácil discernir con clarividencia si servimos realmente a Dios o al Dinero, pues como sugiere Jesús en el Evangelio, no hay otra alternativa (cf. Mt 7,24 par.).

⁶ S. Freud (1856-1939), otro de los llamados “maestros de la sospecha”, creía también que Dios nos es más que una “proyección” de los anhelos más profundos que anidan en el subconsciente.

⁷ Citado en: D. Morin, *Ibid.*, 73.

⁸ Cf. J. Vives, *Dioses para no creer*, en: *Sal Terrae* 5 (1991), 381-389.

⁹ J. Arias, *El Dios en quien no creo*, Salamanca 1969.

¹⁰ “Yahwé” es el nombre con el que Dios se da a conocer a Moisés en el monte Horeb. Dios, el que es, Dios trascendente e invisible. “Dios se denomina a sí mismo ‘yo soy’”. Simplemente ‘es’, y por lo tanto esto significa que Él está presente para los hombres ayer, hoy y mañana” (J. Ratzinger-Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret*, I, Madrid 2007, 401).

¿En qué Dios creemos? ¿En el Dios de Israel o en los “baales” creados por nuestras propias manos? ¿En el Dios de los profetas o en el Dios de los filósofos? ¿En el Dios de Jesús o en el Dios de los escribas y fariseos de Israel? ¿En el Dios del sufrimiento y la cruz o en el Dios del poder y la gloria? ¿En el Dios testimoniado por los mártires o el Dios de las formulaciones dogmáticas? ¿En el Dios de la vida o en el Dios de la muerte? ¿En el Dios de la omnipotencia o en el Dios de la debilidad y la impotencia? ¿En el Dios padre del “hijo pródigo” o en el Dios “Gran Inquisidor” de F. Dostoyeski?... Planteadas así las preguntas, pueden parecer o bien excesivamente simples y fáciles de responder, o bien excesivamente capciosas y equívocas; pero en el fondo nos pueden ayudar a plantearnos y entender porqué Dios es un escándalo para muchos que nos llamamos creyentes y cristianos, por qué nuestra fe en Dios puede ser motivo de escándalo para otros y porqué hay formas de creer en Dios que pueden ser piedra de escándalo para todos.

II. El escándalo de la fe – El escándalo de la cruz

El escándalo es siempre causa de tropiezo, caída, rechazo; supone asombro, admiración; es un comportamiento, creencia, dicho que, siendo éticamente inocuo, es motivo de indignación o rechazo por parte de ciertos sectores de la sociedad; “dar escándalo” viene a significar comportarse en desacuerdo de las conveniencias sociales.

En el lenguaje bíblico, “escándalo” es un término plurívoco y por lo mismo bastante complejo; significa piedra en que se tropieza; puede dar ocasión de caer en el error o en el pecado; puede ser también trampa que se pone al enemigo en el camino para hacerle caer; también habla la Biblia del “escándalo farisaico”, el que aparenta sentir una persona mal intencionada mirando como reprehensible lo que no es. El escándalo es siempre una provocación, puede causar perplejidad, rechazo o admiración; es en cierto modo como el símbolo, porque da que pensar, incita a una toma de postura, destruye ciertas concepciones y puede ser motivo para actitudes totalmente nuevas.

Yahwé se convierte también en este sentido en un escándalo para Israel, que llegó a sentirse excesivamente seguro y confiado en el conocimiento y la experiencia de Dios; escribe Isaías: “A Yahwé Sebaot tened por santo, sea él vuestro temor. El será trampa, peña de tropiezo y piedra de escándalo para las dos casas de Israel; lazo y trampa para los moradores de Jerusalén. Allí tropezarán muchos, caerán, se estrellarán y serán atrapados” (Is 8, 13-14). Israel fue acostumbrándose a una idea demasiado antropomórfica y reglamentada de Dios, a un Dios muy hecho a su medida, muy enmarcado en sus esquemas legales y teológicos; llega a olvidar que Yahwé es “santo”, el absolutamente otro y distinto, “es Dios y no hombre” (Os 11,9),

y que esta diferencia es tan radical que el hombre la interpreta siempre falsamente. Se olvida que Dios es siempre sorprendente y paradójico: “Dios es transcendente y habita en el corazón de los sencillos, es poderoso y Dios de los pobres, hace sonar su voz en el estruendo de la tormenta (Ex 19, 18ss.) y en el murmullo de la brisa (1Re 19,12)¹¹; la excesiva racionalización, la falsa confianza y el olvido irresponsable de lo que Dios es para el pueblo, hace que Yahwé se convierta para Israel en piedra de escándalo.

Por otra parte, Jesús que viene a revelarnos de una manera plena y definitiva los proyectos salvadores del Padre, se convierte también en signo de contradicción y piedra de escándalo. Cristo, “señal de contradicción y piedra de escándalo para contradicción de muchos en Israel” (Lc 2, 34), puesto que su doctrina, sus actitudes y su presencia mesiánica producirán asombro, admiración o rechazo; en definitiva, choca con las conveniencias sociales y con los esquemas político-religiosos de los sectores más influyentes del pueblo. El evangelio de Marcos acentúa desde el principio cómo su predicación y, sobre todo, sus obras producen “admiración y asombro”, que poco a poco se va traduciendo para las autoridades político-religiosas en un rechazo y en un escándalo del que se debe preservar al pueblo. El evangelio de Juan pone más claramente de relieve el carácter escandaloso del mensaje de Jesús; todos los oyentes tropiezan, a unos los levanta y otros se obstinan.

Jesús es escándalo para todos, en primer lugar para los fariseos el grupo oficialmente más piadoso, que se escandalizan ostensiblemente de la doctrina de Jesús: “Se acercan sus discípulos y le dicen: ¿sabes que los fariseos se han escandalizado al oír tus palabras?” (Mt 15, 12); pero sobre todo se escandalizan de sus actitudes y sus obras: “Los fariseos y los escribas murmuraban diciendo: éste acoge a los pecadores y come con ellos” (Lc 15, 2). Jesús es así mismo piedra de escándalo para sus paisanos: “¿No es éste el hijo del carpintero? ¿De dónde le viene todo esto? Y se escandalizaban acerca de él” (Mt 13, 55-57); incluso para sus parientes: “Se enteraron sus parientes y fueron a hacerse cargo de él, pues decían: está fuera de sí” (Mc 3, 21).

También sus discípulos se escandalizaban de la doctrina de Jesús: “Muchos discípulos, al oírle, dijeron: Es duro este lenguaje. ¿Quién puede escucharlo? Sabiendo Jesús en su interior que sus discípulos murmuraban por esto, les dijo: ¿Esto os escandaliza? ¿Y cuándo veáis al Hijo del hombre subir a donde estaba antes? (Jn 6, 61-62). Pero, sobre todo, se escandalizan ante la mesianidad confesada de Jesús por el camino del sufrimiento y la cruz; por eso, cuando Jesús les anuncia el misterio de su pasión, le dice Pedro: “¡Lejos de ti, Señor! ¡De ningún modo te sucederá eso! Pero él, volviéndose, dijo a Pedro: “¡Quítate de mi vista, Satanás! ¡Tropiezo eres para

¹¹ X. Leon-Dufour, *Vocabulario de teología bíblica*, Barcelona 1975, 248.

mí, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres!” (Mt 16, 22-23). El Mesías sufriente es un escándalo para Pedro y el rechazo de la cruz por parte de Pedro es un escándalo a los ojos de Dios. Por eso podemos decir que con Jesús llegó el escándalo, o que el escándalo va unido a la revelación de Dios, que Jesús viene a traer con su vida y su predicación¹².

El misterio de la Pasión es irremediabilmente motivo de escándalo para los discípulos y lo es también para la Iglesia; por eso Jesús, cuando se dispone a entrar en este misterio, les anuncia a los discípulos: “Todos os vais a escandalizar, ya que está escrito: Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas... Entonces Pedro le dijo: Aunque todos se escandalicen, yo no. Jesús le contesta: Yo te aseguro que hoy, esta misma noche, antes que el gallo cante dos veces, tú me habrás negado tres” (Mc 14, 27-30).

Jesús es también consciente de la convulsión que viene a producir su doctrina y sus actitudes, que no viene a traer una paz fácil, ni un mensaje sin complicaciones, ni a revelarnos a un Dios plausible, acomodado a nuestros gustos y esquemas; es consciente de que sólo desde unas actitudes de conversión de corazón y transformación interior puede aceptarse el Evangelio y creer en El; por eso dice: “Bienaventurado aquél que no se escandaliza de mí” (Mt 11, 16).

Pero la piedra de escándalo por excelencia es el misterio de la cruz, puesto que poner la cruz como núcleo del anuncio cristiano y hacer de ella signo de salvación y fuente de sabiduría, es algo que rompe todos los esquemas y todas las expectativas humanas. Los esquemas humanos son los de la ley y la planificación, los de la sabiduría humana y la lógica, los del poder y el saber; pues todos esos esquemas se estrellan en la piedra de escándalo de la cruz de Cristo: “Nosotros predicamos a un Cristo Crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; mas para los llamados, lo mismo judíos que griegos, fuerza de Dios y sabiduría de Dios” (1Cor 1, 23-25). En la carta a los Gálatas parte Pablo de la idea común y razonable de que la cruz es signo de ignominia y maldición, pero Cristo nos rescató de la maldición de la ley, haciéndose maldición por nosotros, a fin de que llegara a todos la bendición (Cf. Gal 4, 10-14); por eso, volver a la lógica de la ley, sería “acabar con el escándalo de la cruz” (Gal 5, 11), o lo que es lo mismo, terminar con el Evangelio; en consecuencia, invita Pablo a asumir con todas las consecuencias la locura y el escándalo de la cruz, a permanecer fieles al Evangelio del Crucificado y hacer del misterio de la cruz motivo de gloria e identidad cristiana: “Dios me libre de gloriarme

¹² La manifestación de Dios que con ello hacía Jesús, resultaba absolutamente sorprendente e incomprensible; por eso, como dice J.I. González Faus, “la cuestión más importante no es saber que Jesús es Hijo de Dios, sino saber de qué Dios es hijo Jesús” (Citado en: R. Aguirre, *Raíces bíblicas de la fe cristiana*, Madrid 1997, 7).

si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por la cual el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo” (Gal 6, 14).

En el misterio pascual de Cristo culmina el misterio de la revelación de Dios al hombre; por eso, en el escándalo de la cruz se nos manifiesta Dios de una manera definitiva, destruyendo todos los esquemas humanos y religiosos, que podemos hacernos sobre él.

1. El Dios de los filósofos y el Dios de los catecismos

Se ha hecho clásica la formulación de B. Pascal (1623-1662) en su *Memorial*, recibida como una revelación en “La nuit de Feu” el 23 de noviembre de 1654: “Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob, no de los filósofos y sabios, Dios de Jesucristo¹³. Esta apasionada confesión de Pascal nos hace sospechar que el Dios de nuestras formulaciones dogmáticas, el Dios de los catecismos, el Dios que nos hemos acostumbrado a imaginar y a tratar, se parece quizá más al “Dios de los filósofos” que al “Dios de la Biblia”. Y podemos preguntarnos: pero, ¿es que no son el mismo Dios? ¿Es que Dios no es único? Puede ser que en definitiva sean el mismo Dios, puesto que Dios es ciertamente único y el mismo; pero también es cierto que, al acostumbrarnos a concebir a Dios desde categorías filosóficas, lo hayamos deformado y reducido a nuestros esquemas lógicos, y hayamos hecho desaparecer de una forma consciente o inconsciente los perfiles supraracionales, misteriosos y provocadores de la realidad de Dios.

Efectivamente, con la formulación dogmática del contenido de la fe en un lenguaje filosófico, especialmente a partir del siglo IV a raíz de las discusiones cristológicas, podemos decir que se gana en claridad y precisión conceptual, y, con ello, tal vez se universaliza el contenido de la fe y se va abriendo a nuevos esquemas culturales, pero también es verdad que pierde la frescura primigenia del lenguaje profético, el sentido misterioso e inefable de la experiencia original.

Los primeros pensadores cristianos se sirvieron de las categorías filosóficas griegas para formular la fe en Dios y ésta ha sido una herencia perenne en toda la historia de la teología y del pensamiento cristiano. Esta tenencia a “racionalizar” la cuestión de Dios en el pensamiento cristiano fue cuestionada ciertamente por los reformadores del siglo XVI y también por buena parte de la tradición cristiana, que se ha esforzado por mantener viva la originalidad del Dios bíblico frente a las tendencias a identificarle con el de las categorías filosóficas: la “theologia negativa” occidental o

¹³ Cf. R. Fisichella, *Introducción a la teología fundamental*, Estella 1993, 124. P. Tillich replica a Pascal y afirma con rotundidad: “En contra de Pascal, yo afirmo: el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, y el Dios de los filósofos es el único Dios” (Citado en: R. Gibellini, *La teología del siglo XX*, Santander 1998, 97).

la “teología apofática” de la tradición oriental, son un testimonio de esta resistencia a racionalizar a Dios y encerrarle en los conceptos metafísicos.

Los antiguos manuales dividían el tema de Dios en dos secciones: 1) Dios en su esencia, 2) Dios trino en su persona. En la primera parte, se partía de la demostración de la existencia de Dios por las pruebas de carácter filosófico y de su conocimiento por medio de la analogía; se respondía a la cuestión “qué es Dios” determinando su esencia metafísica a partir de los atributos divinos; así Dios es uno, simple, infinito, eterno, inmenso, inmutable; se preguntaban después cómo es Dios y cómo aparece en su actuación, y se respondía diciendo que Dios es omnipotente, omnisciente y providente. En la segunda parte se estudiaba a Dios trino en sus personas en tres puntos esenciales: la existencia de este Dios trino testimoniada en la Escritura y la tradición, la exposición de esta doctrina a través de las procesiones y relaciones permanentes y, finalmente, la “racionalidad” del hecho trinitario, en el que se concluía que era un misterio, pero conforme a la razón. Este enfoque eminentemente filosófico y abstracto ha estado presente en los manuales de teología hasta el Vaticano II.

El interés por descifrar todos los enigmas de la cuestión de Dios y por precisar con el esfuerzo de la razón todo el contenido de la revelación, ha hecho también que concibiésemos a Dios según la medida y la forma de la razón, quedando aprisionado en el estrecho mundo de nuestros esquemas mentales y borrando el perfil inabarcable de su libertad. Ch. Duquoc escribía al respecto: “Dios no es libre ni en nuestra sociedad, ni en la Iglesia, ni en la teología... Ha sido manipulado por causas interesadas... Se lo han apropiado las naciones y grupos, e incluso nuestra Iglesia ha ayudado a este cautiverio de Dios. Recordemos las pretensiones de los catequistas, de los predicadores y de los teólogos. Dictan lo que él tiene que hacer, conocen su plan, imponen órdenes y mandamientos en su nombre, invocan su autoridad a tiempo y a destiempo, le hacen intervenir en asuntos sin importancia, lo muestran indiferente o despreocupado cuando se trata de la vida y la felicidad”¹⁴.

Todo este proceso de filosofización y dogmatización de la cuestión de Dios puede explicar en parte muchas reacciones del pensamiento moderno, que se han ido plasmando en diversas formas de ateísmo o rechazo de un Dios cautivo en las redes del racionalismo e insensible ante el drama del sufrimiento y la lucha humana y que hizo clamar a F. Dostoyeski: (1821-1881): “No es a Dios a quien no acepto, sino el mundo creado por él”¹⁵.

Los catecismos que se fueron elaborando en la Iglesia a partir del concilio de Trento, quedan impregnados de esta idea filosófica de Dios y la transmitieron durante

¹⁴ Ch. Duquoc, *Dios diferente*, Salamanca 1968, 9.

¹⁵ F. Dostoyeski, *Los hermanos Karamazov*, Barcelona 1968, 160.

siglos en la conciencia cristiana. El Catecismo Romano del año 1566 dice en el primer artículo sobre Dios: “Creo con certeza y confieso sin ninguna clase de duda que existe un Padre, primera persona de la Santísima Trinidad, que con su omnipotencia sacó de la nada el cielo, la tierra y todo cuanto hay bajo el cielo y la tierra; y, una vez creadas, las conserva y gobierna”. El Catecismo de P. Canisio (1521-1597) habla de Dios como “Padre celeste y eterno, al cual nada le resulta difícil e imposible y que con la sola palabra creó de la nada tanto las cosas visibles como las invisibles”. Pero, sobre todo, esta visión filosófica de Dios, está recogida en los catecismos de Jerónimo M. Ripalda (1591) y Gaspar Astete (1599), que han tenido una vigencia exclusiva en España durante cuatro siglos¹⁶. A la pregunta “¿quién es Dios?”, responden: “Un Señor infinitamente bueno, sabio y poderoso, principio y fin de todas las cosas”; y G. Astete antepone a esta definición: “Dios es una cosa la más excelsa y admirable que se puede decir y pensar: un Señor infinitamente bueno”; después responde a la cuestión de la Santísima Trinidad, que define como “Dios uno en esencia y trino en personas”. Podríamos decir que estos catecismos, vistos desde la reflexión teológica actual, son el ejemplo más patente de la distancia entre este Dios y la imagen bíblica, entre la abstracción filosófica y los verdaderos intereses del hombre.

¡Qué alejada queda esta imagen de Dios, en la que todo parece estar compacta e inexorablemente explicado y definido, de la “locura y el escándalo de la cruz”, en la que todo parece cuestionado, y que es en definitiva el principio de toda la sabiduría cristiana!... Este Dios de la metafísica es un Dios perfecto, pero inmutable; no puede sufrir ni morir, como el Dios que encontramos en la cruz, y si no es capaz de sufrir, tampoco será capaz de amar; por eso, podemos decir con J. Moltmann: “Si los presupuestos metafísicos fuesen válidos sin más, la muerte de Jesús no se podría entender teológicamente en manera alguna”¹⁷. Y añade el mismo autor: “Un Dios pensado en su omnipotencia, perfección e infinitud a costa del hombre, no puede ser Dios, que es amor en la cruz de Jesús... Dios pensado a costa del hombre, no puede ser el Padre de Jesucristo”¹⁸; pues si esto fuese así, serían correctas e incuestionables las deducciones de L. Feuerbach sobre Dios como proyección de las limitaciones humanas.

Esta imagen de Dios a la que nos ha llevado las formulaciones dogmáticas, la sistematización teológica y la presentación catequética, no solamente ha borrado el perfil “escandaloso” del Dios revelado en el misterio de la cruz, sino que ha podido fraguar también la imagen de un Dios en el que no se puede creer, como sugiere J. Vives en el artículo citado: un Dios “todopoderoso”, todo poder para el propio gusto

¹⁶ Hasta el año 1900 se habían contabilizado 471 ediciones de la *Doctrina cristiana* de J. Ripalda y 600 del catecismo de G. Astete.

¹⁷ J. Moltmann, *El Dios crucificado*, Salamanca 1975, 219.

¹⁸ J. Moltmann, *Ibid.*, 355.

e interés; un Dios “tapaagujeros”, remedio de todos nuestros males y respuesta a todas nuestras carencias; un Dios “apático”, insensible a nuestros sufrimientos y luchas; un Dios “sádico”, que necesita nuestra ofrenda o al que le gusta el sacrificio; un Dios “del orden”, garante del orden establecido y de que todo siga como está; un Dios “de la seguridad”, que nos puede garantizar la salvación y está de acuerdo con nuestra manera de pensar; un Dios “de la ortodoxia”, reducido a nuestro recto modo de entender, o a los esquemas del magisterio o la formulación dogmática¹⁹... Un Dios en definitiva que no se compagina con el Dios versátil, sorprendente e inabarcable del AT, ni mucho menos con el Dios, misterio de amor y misericordia, revelado en Jesús.

2. El “Dios escondido” del AT

Frente a esta imagen “acabada” de la filosofía, los catecismos y las formulaciones dogmáticas, aparece el Dios de la Biblia como un Dios de la vida y de la historia, un Dios inefable y sorprendente, un Dios que supera y sobrepasa todos nuestros esquemas.

Lo primero que llama la atención en el AT es que no hay imagen física de la divinidad, ni una doctrina sistemática y elaborada sobre Dios; “la Biblia no contiene tratado alguno sobre Dios..., no nos invita a hablar de Dios, sino a escucharle cuando habla y a responder confesando su gloria²⁰. De hecho, los mandamientos mosaicos prohíben hacer imágenes de Dios (Dt 27, 15; Ex 20, 4; Dt 4, 9-28), así como tomar el nombre de Dios en vano, “porque Yahvé no dejará sin castigo a quien toma su nombre en falso” (Ex 20, 4; Lev 19, 12); esta prescripción de Israel recuerda la sentencia de Sócrates a punto de morir: “Ten presente, excelente Critón, que no hablar con propiedad no sólo es falso en sí mismo, sino que además hace daño a las almas”²¹.

Dios es el primero y lo primero: “En el principio creó Dios el cielo y la tierra” (Gn 1,1)... “En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba con Dios y la Palabra era Dios” (Jn 1,1). Dios existe y es lo primero; su existencia se impone y no tiene necesidad de ninguna explicación; por eso, conocer a Dios en la Biblia, es ser conocido por él (cf. Am 3,2); “poseer a Dios, significa ser poseído por él” (S. Buenaventura). El Dios revelado es el “Dios viviente”, que “no se fatiga ni se cansa” (Is 40, 28), que “no duerme ni dormita” (Sal 121, 3); el “Dios único”, que no admite réplica ni se puede encerrar en conceptos; el “Dios transcendente”, no ligado a ningún lugar, ni circunscrito a nuestras representaciones inmanentes; “Dios santo” (Os 11, 9; Is 6, 3), pues es el “totalmente otro” a nuestra realidad y nuestros esquemas; “Dios-persona”, pues no se puede reducir a cosa ni enajenar su libertad, porque se ha revelado como

¹⁹ Cf. J. Vives, *art. cit.*, 385-389.

²⁰ X. Leon-Dufour, *op. cit.*, 241

²¹ Citado en: A. Torres Queiruga, *Recuperar la creación*, Santander 1997, 261.

el eterno “Tu” que entra en diálogo de amor con el hombre: Dios padre y madre, Dios pastor y guía, Dios esposo y marido... Dios de los padres, de las personas, de los patriarcas y profetas, Dios de los pobres y los humildes, no el Dios de los esquemas metafísicos o el Dios de los proyectos humanos de poder.

A Dios se le da el nombre de “Elohim”, nombre enigmático puesto que es nombre común y propio a la vez, singular y plural, que expresa la pluralidad de fuerzas; “Dios de dioses”, persona única y definitiva, que todo lo abarca e incluye, sin dejarse abarcar por nadie ni incluir en nada. Pero Dios se revela como “Yahwé”: “Soy el que soy” (Ex 3, 14); es decir, como misterio inaccesible e impenetrable, pero al mismo tiempo, presencia cercana y activa, fuerza liberadora para los pobres: “Su nombre es misterio; es un nombre que le pone por encima de toda comparación; ‘soy el que soy’ significa cercanía, poder sobre el presente y sobre el futuro. Dios no es prisionero de lo que ha acontecido desde toda la eternidad; es siempre presente. Es contemporáneo y previo a todo tiempo..., su ‘Yo-soy’ no es sólo la presencia-idad de Dios; es además su consistencia. Cuando todo pasa, El subsiste: ayer, hoy, mañana”²². El Dios que nos ha revelado su nombre es el que es y el que hace que todo sea, el inabarcable por nada de lo que existe, pero es al mismo tiempo el Dios cercano y misericordioso, que se compadece del sufrimiento y la miseria de su pueblo. Que escucha el clamor de quienes le gritan desde su indignancia (Ex 3, 7).

El Dios que se nos revela a lo largo de toda la historia de la salvación es un Dios siempre presente y activo, pero también un “Dios escondido” (Is 45, 15), “el que habita en una luz inaccesible” (1Tim 6, 16), un Dios que no se deja abarcar ni atrapar, ni manipular por nuestros caprichos o veleidades, ni por nuestros razonables esquemas mentales: “¿Quién abarcó el espíritu de Yahwé y como consejero suyo le enseñó? ¿Con quién asemejaréis a Dios, qué semejanza le aplicaréis? ¿Con quién me asemejaréis y seré igualado? ¿No lo sabíais? ¿No lo habíais oído? ¿No os lo había mostrado desde el principio? (Is 40, 13-31). “¿Quién conoció la mente del Señor? ¿Quién fue su consejero? ¡Qué abismo de generosidad, de sabiduría y de conocimiento el de Dios! ¡Qué insondables sus decisiones y qué irrastreables sus caminos!” (Rom 13, 33-34)²³.

Dios es siempre más y está por encima de nuestras representaciones (“*Deus semper maior*”); supera todos nuestros esquemas, pero además muchas veces los rompe y contradice, con lo cual resulta un escándalo para la razón y para nuestro modo de entender las cosas. “Todo lo que se puede pensar de Dios, no es Dios”

²² J. Ratzinger, *El Dios de Jesucristo*, Salamanca 1979, 22.

²³ Dios, realidad siempre presente y siempre oculta: “Es el fundamento creador de todas las cosas, el que está siempre presente en todo, el que está siempre creando y destruyendo, aquél a quien sentimos más cerca de nosotros de lo que estamos nosotros mismos, a la vez que sigue inaccesible” (H. de Lubac, *La fe cristiana*, Salamanca 2012, 147).

(Eckart); así lo expresó también S. Anselmo en forma de plegaria: “Oh Señor, tú no eres solamente aquél de quien no se puede pensar nada mayor, sino que eres más grande que todo lo que se pueda pensar. Si tú no fueses así, se podría pensar alguna cosa más grande que tú, pero esto no puede ser”²⁴. Santo Tomás de Aquino cree que nuestros conceptos e imágenes de Dios expresan, más bien lo que Dios no es, que lo que Dios es; y al final de su vida calificó de paja toda su obra teológica y se resistió a seguir escribiendo: “su última palabra fue la del ‘Dios oculto’, su confesión, que la adoración tenía más importancia que el saber”²⁵.

A Dios hay que buscarlo con pasión, como se busca la verdad, pues, en definitiva, como escribió S. Bernardo al papa Eugenio III, “Dios es lo único que nunca se busca en vano, incluso si no se le puede encontrar”²⁶. Debemos buscarlo siempre, pero con la conciencia muy clara de que nunca lo encontraremos si no nos dejamos encontrar por él, como comprendió muy bien el gran buscador de Dios y de la verdad, Agustín de Hipona: “¿Por dónde andaba yo cuando te buscaba? Tú estabas delante de mí, pero yo me había retirado de mí mismo y no me podía encontrar, ¡cuánto menos a Ti!... Tú estabas dentro de mí, pero yo andaba fuera de mí mismo y allá afuera te andaba buscando... Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo”²⁷. Pero el mismo S. Agustín es muy consciente de que Dios es inefable y que debe respetarse su misterio: “Sé que no puedo de ningún modo violar el misterio que te envuelve”; y en un sermón sobre la Trinidad dice: “¿Qué podemos decir de Dios? Si lo que quieres decir lo has comprendido, no es Dios; si pudiste comprenderlo, comprendiste otra cosa en lugar de Dios”²⁸.

El “Dios escondido” de la tradición profética es un Dios que escapa a todo intento humano por encerrarle en esquemas y definiciones: “Nadie es capaz de poner nombre al Dios inefable, y si alguien se atreve a decir que hay un nombre que expresa lo que es Dios es que está rematadamente loco”²⁹. De Dios sólo podemos hablar en un lenguaje analógico y en relación con la pobre realidad humana; por eso, S. Weil concluye: “De Dios no podemos saber más que una cosa: Que Él es lo que nosotros no somos. Sólo nuestra miseria es imagen suya. Cuanto más la contemplamos, más le contemplaremos a Él”³⁰.

²⁴ *Proslogion*, Proemio, nº 15.

²⁵ H. Fries, en: *¿Es esto Dios?*, Barcelona 1973, 90.

²⁶ E. Stein recuerda en su pensamiento filosófico que Dios es la Verdad y, por lo tanto, quien busca la Verdad, podemos decir que está también a Dios. Por eso, le contestaba a una amiga que le había escrito preocupada por el destino eterno de Husserl, al conocer su muerte, puesto que su fe no había estado nunca muy definida: “No tengo preocupación por mi querido Maestro. He estado muy lejos de pensar que la misericordia de Dios se ciñese a las fronteras de la Iglesia visible. Dios es la Verdad. Quien busca la Verdad, busca a Dios, séale o no manifiesto” (E. Stein, *Selección epistolar*, Madrid 1976, 121).

²⁷ *Confesiones*, V, II, 2; LX, XXVIII.

²⁸ *Serm.*, 52, 16.

²⁹ San Justino, *Apología*, cap..., 61.

³⁰ S. Weil, *La gravedad y la gracia*, Madrid 1994, 157.

En la tradición cristiana decimos acertadamente que de Dios sabemos lo que Dios nos ha revelado por medio de su divino Hijo: “A Dios nadie le ha visto jamás; el Hijo único, que está en el seno del Padre, él nos lo ha dado a conocer” (Jn 1, 18; cf. También 6, 46 y 1Jn 4, 12). Creemos pues que Dios se ha revelado y se nos ha manifestado, pero eso Dios sigue siempre oculto y siempre un misterio para el hombre, pues “Dios se revela en la medida en que se oculta. El Dios de Israel, el Dios salvador es un Dios que se esconde y se manifiesta en una dialéctica y polaridad inabarcable”³¹. Podemos decir que “cuando Dios se revela, se muestra como el que está ahí ocultamente presente, manifiesta siempre su simpatía incomprensible que actúa aquí y ahora, salvando y liberando”³². En este mismo sentido, recuerda J. Ratzinger que “en la Biblia Dios no es intuido, como vemos que sucede en los grandes místicos, sino que es experimentado como aquél que actúa, como el que en todo ello permanece en la oscuridad”³³.

Todo cuanto sabemos de Dios es por lo mismo muy poco en comparación con lo que ignoramos. Dios es inefable, rompe todos nuestros esquemas y sobrepasa todos los intentos de enmarcarlo en definiciones. Por eso, uno de los cometidos importantes de la teología es “mantener vivo y actual el conocimiento de la limitación de nuestras ideas, conceptos y afirmaciones sobre Dios y resaltar el aspecto positivo del ‘no saber’; sabemos que no sabemos nada”³⁴. La teología no puede desvirtuar el misterio de Dios, la idea del “Dios oculto”; debe presentar el misterio de Dios, pero debe saber también respetarlo e interpretarlo desde la sabiduría y el escándalo de la cruz: un Dios que hace cuestionables todas las imágenes e ideas que el hombre se forja sobre él. Hemos de acercarnos a Dios con la actitud reverente y sorprendente de sentirnos envueltos en el misterio, puesto que, como dice G. Gutiérrez, “la realidad de Dios -no su idea siempre manipulable- es un misterio, al que sólo se accede en el silencio de la contemplación y en el silencio práctico del amor al hermano”³⁵.

3. El Dios de Jesús

“A Dios nadie le ha visto jamás: el Hijo único, que está en el seno del Padre, es el que nos lo ha dado a conocer” (Jn 1, 18); por eso, el “Dios escondido” e inefable del AT, cuyo nombre no debía ser tomado en vano y cuya realidad no podía plasmarse en ninguna imagen, toma realidad y rostro concreto en Jesús de Nazareth; Él es “la imagen visible de Dios invisible” (Col 1, 15; 2Cor 3, 18; 4, 4); “resplandor de la gloria de Dios e impronta de su ser” (Heb 1,

³¹ A. Cordovilla, *Crisis de Dios y crisis de la fe*, Santander 2012, 60.

³² M. Kehl, *Introducción a la fe cristiana*, Salamanca 2002, 90.

³³ J. Ratzinger, *Fe, verdad y tolerancia*, Salamanca 2006 (6ª ed.), 37.

³⁴ H. Fries, *op. cit.* 90.

³⁵ Citado en: R. Aguirre, *op. cit.*, 29.

3). El Dios versátil, invisible, inefable e inabarcable de la tradición profética, adquiere forma humana y visible en Jesús de Nazareth; por eso, ante el deseo de los discípulos de conocer a Dios y encontrarse con él, la respuesta de Jesús es clara: “Nadie va al Padre sino por mí. Si me conocéis a mí, conoceréis también a mi Padre; desde ahora lo conocéis y le habéis visto..., pues el que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Jn 14, 6-9).

El Dios que viene a manifestar y a anunciar Jesús, no es otro que el del AT, el Dios de los padres, el Dios liberador, el “Dios escondido”, el Dios viviente, el que permanece para siempre; pero lo hace de una manera nueva, con una praxis nueva, liberando la imagen de Dios de la cautividad a la que la habían sometido las prescripciones de la ley, los formulismos dogmáticos y la hipocresía farisaica. Su mensaje sobre Dios resultó no sólo nuevo y sorprendente, sino incluso provocador y escandaloso, por eso los expertos en teología y los responsables religiosos de su pueblo lo acusan de blasfemo y lo condenan a muerte, puesto que se ha atrevido a oponerse a la doctrina oficial sobre Dios y a comprometer a Dios en situaciones y decisiones indignas de su gloria. Quien viene a revelarnos el verdadero rostro de Dios es rechazado y condenado por blasfemo y hereje, con lo cual el Dios que Jesús anuncia es también rechazado; la fe en él resulta escandalosa para la doctrina ortodoxa y los esquemas político-religiosos de Israel. Podemos decir que en la cruz se contraponen la idea de un Dios rechazado y un Dios confesado y glorificado, de un Dios defensor del orden y el status social y un Dios crucificado y fuente de nueva vida. Por eso, hay que reconocer con P. Althaus que “Jesús murió por Dios antes que por nosotros”; o podemos entender a K. Rahner cuando dice que “la muerte de Jesús supone la muerte de Dios”³⁶, puesto que la muerte de Jesús en la cruz es la culminación de su compromiso a favor del reino del Padre y el momento clave de la revelación del misterio.

Pero, ¿cómo es este Dios de Jesús? ¿Porqué resulta un escándalo a los oídos piadosos de los responsables de Israel? ¿Porqué puede seguir siendo un escándalo hoy para quienes tenemos muy sabida y aprendida la doctrina sobre Dios?

a) Un Dios “diferente”

El teólogo Ch. Duquoc escribió en los años 70 del pasado siglo un interesante libro que se titulaba precisamente así: *Dios diferente* (Sígueme 1978). “Diferente” del Dios anunciado y predicado por las autoridades religiosas, y diferente, sobre todo, por la práctica y las actitudes concretas de vida en las que Jesús compromete a Dios. El Dios de Jesús es diferente porque no es cautivo de nadie, sino que es un

³⁶ Cf. J. Moltmann, *op. cit.*, 278.

Dios libre frente a las ataduras de la ley, los dogmas o el orden político-social y “la libertad de Dios no es algo que se acepte fácilmente” (pág. 48); Jesús es “profeta de un Dios diferente del comúnmente aceptado” (pág. 15). Este Dios “diferente” se contrapone al Dios omnipotente que creían defender las autoridades religiosas de Israel. “El Dios de Jesús invierte radicalmente la perspectiva, Es débil y escondido. No es un poder que se impone, sino un amor que invita a la libertad respetándola ... Sólo desde el reverso de la historia se descubre al Dios de Jesús”³⁷

El Dios de Jesús es “el Dios de la misericordia, no del sacrificio”³⁸. El Dios del poder religioso es el Dios del sacrificio, el Dios sacralizado por las prescripciones santas de la ley, por el culto ritual del templo, por la observancia escrupulosa del sábado y por las enseñanzas ortodoxas de los sacerdotes; en el fondo, un Dios prisionero de las prescripciones y esquemas humanos, un Dios que atemoriza y oprime, al que se le puede temer, pero difícilmente amar.

El Dios de Jesús por el contrario es el “Dios de la misericordia”, el Dios que se complace en la salvación y liberación del hombre, el que manifestó su gloria a los pastores de Belén y a los pobres de Israel, el que se revela a los sencillos y humildes de corazón; el Dios que se conmueve ante la miseria y el sufrimiento humano; el que libera al hombre del poder diabólico, de la opresión de la ley y del sábado, del poder despótico del templo y las autoridades; el Dios que podemos encontrar de forma viva y sacramental en los necesitados y marginados de nuestra sociedad.

Este Dios es “diferente” no porque suponga una doctrina desconocida en la tradición religiosa de Israel, sino porque difiere y se aparta de la práctica oficial para colocarse definitivamente en la tradición y práctica profética: “Jesús realiza perfectamente la síntesis profética, que quiere que la pasión por Dios sea inseparable de la pasión por el hombre, porque el profeta se encuentra habitado por la pasión por Dios, y ese Dios busca la alianza viva con el hombre... Jesús va a morir por haber insistido hasta el final en revelar a un Dios como diferente y por haberlo hecho con una praxis diferente de la del poder religioso, haciéndose cercano y liberador del hombre concreto, y al mismo tiempo, desenmascarando al poder religioso como una instancia de dominación ajena a Dios y enemiga del hombre... Jesús conoce a Dios, no como el santo que rechaza y condena, sino el santo que atrae a sí y se regocija con la vuelta del pródigo”³⁹.

³⁷ R. Aguirre, *op. cit.*, 16 y 21.

³⁸ F. Varone, *El dios “sádico”*, Santander 1988, 82. Digamos que los cristianos también aceptamos el “sacrificio”, pero no tanto como un don que nosotros hacemos a Dios, sino como un don que Dios nos hace; lo que ofrecemos a Dios es el sacrificio de Cristo, que consistió en “colmar de amor divino su sufrimiento y su muerte, hasta el punto de obtener la victoria del amor sobre la muerte” (A. Vanhoye, *Tanto amó Dios al mundo* (Lectio sobre el sacrificio de Cristo), Madrid 2005, 6)

³⁹ *Ibid.*, 82-84. Esta contradicción nos recuerda un pensamiento de Ch. Bobin que dice: “He encontrado a Dios en las lagunas, en el perfume de la madre selva, en la pureza de algunos libros e incluso

El Dios diferente de Jesús es motivo de escándalo y provocación porque convulsiona el orden establecido y cuestiona radicalmente una práctica religiosa desvinculada de la vida y del hombre. Nuestra fe en ese Dios puede ser también un escándalo, cuando se reduce a teoría, a una simple confesión de boca, o cuando olvidamos que “Dios es glorificado no sólo por la recta doctrina, sino también por la conducta mejor posible”⁴⁰.

b) Un Dios, Padre de todos

Jesús se manifiesta ante todo como Hijo, que, viviendo toda su existencia en actitud verdaderamente filial ante Dios, nos muestra el camino y el rostro del Padre; por él “tenemos todos acceso al Padre en un mismo Espíritu” (Ef 2, 18), podemos “llegar confiadamente a Dios” (Ef 3, 12). Jesús nos enseña a dirigirnos a Dios y a invocarle como “Padre nuestro”, padre de todos, pues por medio de él “hemos recibido no un espíritu de esclavitud sino un espíritu de filiación que nos hace clamar ¡Abbá, Padre!” (Rom 8, 15).

Dios como Padre no es desconocido en el AT y tampoco en la historia de las religiones: Zeus ejerce también una función de paternidad en la familia divina del Olimpo. En el AT se habla de la paternidad de Yahwé respecto al pueblo de Israel (Ex 4, 22-23; Os 11, 1-2), respecto al rey (Sal 2, 7) e incluso respecto “a toda carne” (Eccl 18, 13), puesto que todo procede del amor creador y paternal de Dios. Sin embargo, hay una diferencia sustancial con respecto a lo que Jesús viene a anunciar y es que en el AT se podía hablar de Dios en tercera persona, pero sería una temeridad invocarle directamente como “Padre”, cuando ni siquiera estaba permitido pronunciar su nombre.

Jesús no sólo nos revela el misterio de Dios y nos enseña a invocarle como “Padre”, sino que podemos incluso decir que la idea central de su conciencia religiosa y de su predicación es que Dios es un Padre que ama a los hombres y por eso mismo los hombres deben amarse como hermanos. J. Jeremias ha mostrado la historicidad fundamental del apelativo “Padre” referido a Dios en labios de Jesús, de forma que la expresión “Abbá” se acepta sin discusión como parte de las “ipssisima verba Jesu”⁴¹.

El Dios de la nueva alianza es el Dios que proclama Jesucristo como padre suyo y también nuestro: “Dios es el que, como Padre, afirma, reconoce y ama lo

en los ateos. Casi nunca lo he encontrado en los que tienen el oficio de hablar de él” (Ch. Bobin, *Resucitar*, Madrid 2017, 70). El Dios de Jesús es un Dios que se preocupa por la humanidad. Por eso, para el judaísmo “oficial” el Dios de Jesús es un Dios “disidente” (Cf. E. Schillebeeckx, *Los hombres, relato de Dios*, Salamanca 1994, 183-186).

⁴⁰ San Juan Crisóstomo, *PG*, 54, 505.

⁴¹ Cf. J. Jeremias, *Abba: El mensaje central del NT*, Salamanca 1981.

que él mismo ha creado; como padre que es, es amor y se reveló en el amor que en Jesucristo vino a nosotros... Dios es aquel que se abajó hasta el hombre, se hizo hombre, hermano de todos los humanos, el que se hizo cargo de los que pasan por repudiados: los pecadores, los extraviados, los humillados y los ofendidos”⁴².

Pero lo realmente escandaloso en esta revelación que Jesús hace de Dios, consiste en que la paternidad de Dios se realiza en la historia por la liberación de toda opresión, incluida la religiosa: “Lo verdaderamente llamativo no es que Jesús nombre así a Dios, sino que lo haga sobre la base de una situación de transgresión de los imperativos de la religión sinagoga y, al mismo tiempo que ataca las instituciones más sagradas por ese mismo Dios a quien Él llama Padre”⁴³.

Llamar e invocar a Dios con la expresión “Abbá” implicaba también una desacralización y una falta de verdadero respeto al nombre sagrado de Yahwé, puesto que se traslada a Dios una expresión íntima y coloquial del lenguaje familiar, “un vocablo que a sus contemporáneos sonaba como ordinario y sin respeto”⁴⁴.

Llamar a Dios e invocarle como Padre puede sin duda también resultar un escándalo cuando se pretende vivir la fe, confesarse cristianos o anunciar el Evangelio desde situaciones de desigualdades radicales, discriminaciones que claman al cielo, divisiones y rencores que no se tiene intención de superar⁴⁵. Sólo desde el respeto de la dignidad de cada persona y desde la aceptación gozosa de la fraternidad, vivida o proyectada, se puede invocar a Dios como “Padre nuestro”.

c) Un Dios trinitario, misterio de amor

El Dios de Jesús es un Dios al que podemos llamar “Padre” por su eterno amor creador; al que podemos reconocer en el “Hijo” en quien nos ha manifestado su gloria y su amor: “Este es mi Hijo amado: escuchadle” (Mt 17, 5; 3, 17); y al que debemos adorar “en espíritu y en verdad”, pues “Dios es Espíritu y los que adoran deben adorarlo en espíritu y en verdad” (Jn 4, 23-24). Con la revelación de un Dios trinitario, Jesús nos desvela el proyecto de Dios sobre la humanidad y una imagen distinta de la que se había hecho el pueblo de Israel a partir del estricto y rígido monoteísmo bíblico: “La experiencia de Jesús de Nazareth y la experiencia del Espíritu prometido por Jesús aportaron una nueva revelación de Dios, una nueva

⁴² H. Fries, *op. cit.*, 93.

⁴³ J. I. González Faus, *La humanidad nueva (Ensayo de Cristología)*, Instituto de Teología a Distancia, Madrid 1977, tomo I, 126.

⁴⁴ R. Schnackenburg, *La imagen de Dios en el NT*, en: Diccionario Bíblico, Barcelona 1967 296.

⁴⁵ “Dios es inaccesible fuera de una praxis de justicia y amor” (E. Schillebeeckx, *op. cit.*, 157). “Creer en el Dios de Jesús conlleva creer que la justicia, la fraternidad y la humanización serán la última realidad de la historia” (R. Aguirre, *op. cit.*, 34).

manera de ver la realidad de Dios y su relación con los hombres”⁴⁶. A partir de Jesús la oración del creyente será “al Padre, por Jesucristo, en el Espíritu Santo”; la conclusión será la doxología trinitaria, “Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo”; el bautismo y toda la acción del cristiano, será en nombre de la Trinidad: “Lo específico de la oración cristiana no es tanto rezar a un Dios, sino rezar en Dios, dirigiéndose en el Espíritu por el Hijo al Padre”⁴⁷.

La fe trinitaria se convertirá en lo más específico de la fe cristiana como fe en el Dios revelado por Jesús. Esta fe está expresando en primer lugar que Dios es ante todo un insondable misterio de amor, que choca con el Dios de la ley y el sacrificio de la teología sinagoga o de la práctica farisaica. Si el amor es misterio, Dios lo es por excelencia, pero no un misterio encerrado en el enigma de sí mismo, sino un misterio-comunión, comunicación de amor y vida; la fe trinitaria es la expresión más sublime de Dios-Amor: “Son tres: el Amante, el Amado y el Amor”⁴⁸. La fe en el Dios trinitario, manifestada en Jesús, prueba que todo intento por encerrar a Dios en conceptos humanos lleva al absurdo y que sólo podemos hablar de él cuando renunciamos a querer comprender; pero, por otra parte, la paradoja “una esencia tres personas” está expresando que Dios es persona (conocimiento, palabra, amor, libertad...), que lo absoluto (Dios) se manifiesta en lo relativo (la persona), y que Dios integra pero supera al mismo tiempo lo uno y lo múltiple⁴⁹.

Por eso podemos decir que la fe trinitaria nos está hablando de un Dios que no se puede encerrar en esquemas doctrinales, ni representaciones religiosas, sino que sobrepasa todos nuestros esquemas mentales: “La simbólica trinitaria nos manifiesta a un Dios como realidad abierta” y tenemos que acostumbrarnos a dejar a Dios en libertad⁵⁰. Esta fe culmina también en el misterio de la cruz: “Gracias a la teología trinitaria de la cruz, la fe escapa a la alternativa de teísmo y ateísmo: Dios no es sólo del más allá, sino también de aquí, no es solamente Dios, sino también hombre; no es dominio, autoridad y ley, sino el acontecimiento del amor sufriente y liberador”⁵¹.

Creer en el Dios trinitario manifestado en Jesús, sigue siendo un escándalo para la razón humana y para los esquemas excesivamente utilitaristas y estrechos de nuestra cultura racionalista; pero será también escandaloso pretender confesar nuestra fe en Dios y encerrarnos al mismo tiempo en actitudes egoístas, individualistas e insolidarias, puesto que creer en este Dios trinitario es creer en la comunión, la solidaridad, el amor entregado y recibido.

⁴⁶ J. Vives, *¿Hablar de Dios en el umbral del siglo XXI?*, Cuadernos Cristianismo i Justicia, nº 75, 18.

⁴⁷ B. Forte, *Breve introducción a la fe*, Madrid 1994, 89.

⁴⁸ San Agustín, *De Trinitate*, VIII, 10, 14.

⁴⁹ Cf. J. Ratzinger, *Introducción al cristianismo*, Salamanca 1971, 141-159.

⁵⁰ Cf. Ch. Duquoc, *op. cit.*, 118.

⁵¹ J. Moltmann, *op. cit.*, 358.

d) Un Dios que ama a los pecadores

Jesús viene a revelar el rostro misericordioso y el amor compasivo de Dios, como está expresado en sus obras y en su predicación; por eso, ante el escándalo que reciben los escribas y fariseos de que Jesús se sienta a la mesa con los publicanos y pecadores, responde: “Id y aprended lo que significa ‘Misericordia quiero y no sacrificios’; porque no he venido a llamar a justos sino a pecadores” (Mt 9, 13 par.).

El Dios predicado y vivido por la Sinagoga en tiempo de Jesús es el Dios del sacrificio y la justicia, el Dios de la Ley y el Templo, el Dios del orden y de la pureza legal, el Dios cautivo de la doctrina y las prescripciones religiosas; un Dios más para ser temido que para ser amado; más para ser sentido como opresor que como liberador.

Jesús, sin embargo anuncia a un Dios distinto, Padre de todos, acogedor y misericordioso con todos y especialmente con los pecadores; es el Padre que perdona y acoge al hijo pródigo, el Buen Pastor que sale en busca de la oveja perdida y se alegra más por un solo pecador que se convierte que por noventa y nueve que no necesitan convertirse; el que escucha con bondad la oración humilde del publicano y rechaza la oración henchida del fariseo; el que se complace en la buena acción del samaritano y rechaza la pureza legalista y carente de misericordia del sacerdote y el levita. Pero Jesús no sólo anuncia a un Dios misericordioso con los pecadores, sino que él mismo les acoge y aparece como “amigo de publicanos y pecadores” (Mt 11, 19), se sienta con ellos a la mesa (Lc 15, 2), se invita a su casa (Lc 19, 5), los elige como apóstoles suyos (Lc 5, 27-27 par.), los perdona y defiende de la hipocresía farisaica (Lc 7, 36-50; Jn 8, 1-11), les promete el paraíso (Lc 23, 43), y llega a decir a los piadosos de Israel, que “los publicanos y prostitutas os precederán en el reino de los cielos” (Mt 21, 31).

En esta imagen de Dios que toma partido a favor de los pecadores, desde la praxis sorprendente y liberadora de Jesús, es donde debemos comprender la novedad y el escándalo que supuso la doctrina y las actitudes de Jesús: “Lo realmente nuevo y lo que se escuchó como escándalo de labios de Jesús era que él, sin ser precisamente un pecador, saltara las vallas de las comunidades piadosas. El buscaba la comunidad con estos elementos marginales y ladeados, para ofrecerles en su situación concreta la salvación. Jesús entiende su trato con ellos como señal de que Dios, en su amor, busca la comunidad con los pecadores”⁵². El mismo autor indica cómo a través de las expulsiones de demonios obradas por Jesús se realiza la desmitologización del hombre y del mundo, y con ello, una verdadera liberación de

⁵² J. Blank, *Respuestas del NT*, en H. Fries, ¿Es esto Dios?, 119. El *Catecismo de la Iglesia Católica* dice al respecto: “Jesús escandalizó sobre todo porque identificó su conducta misericordiosa hacia los pecadores con la actitud de Dios mismo con respecto a ellos. Llegó incluso a dejar entender que compartiendo la mesa con los pecadores, los admitía al banquete mesiánico” (nº 589).

falsos poderes religiosos: “Demoniaco es todo lo que diviniza el mundo y destruye al hombre... Cuando los hombres son liberados del poder diabólico, vuelven a ser humanos y normales, criaturas de Dios”⁵³; demoniaca es también toda imagen de Dios que esclaviza al hombre y le impide experimentar la libertad gozosa de los hijos de Dios y demoniaca es, en cierto modo, la fe en Dios que imperaba en la doctrina oficial de Israel; por eso se concibe blasfema y escandalosa la pretensión y las actitudes de Jesús... “El mensaje salvífico de Dios era como una declaración de guerra dirigida a un mundo cerrado y empedernido en sí mismo; el que éste ostentara una fisonomía religiosa, en cuanto representaba una institución tradicional y ortodoxa, es algo que da que pensar. A Jesús le importaba liberar a los hombres para Dios, pero esta libertad exigió el sacrificio de su vida”⁵⁴

El Dios que toma partido por los marginados y excluidos, que acoge y perdona a los pecadores y extraviados, que sale del férreo control de la ortodoxia y la ley, supuso lógicamente un escándalo para las autoridades religiosas de Israel y fue causa inmediata de la muerte de Jesús. Creer en el Dios de Jesús seguirá siendo un escándalo para quienes pretendan encerrar a Dios en rígidos esquemas de nuestras definiciones y representaciones humanas, así como cuando se pretenda usar el nombre o la causa de Dios para esclavizar al hombre. Pero la fe en Dios será también un escándalo, en otro sentido, cuando creyéndonos mejores que los demás, excluyamos de nuestra mesa y nuestra comunión a los pecadores y excluidos de la sociedad, pues no se puede creer en el Dios de Jesús sin tomar partido a favor de últimos, los marginados y pecadores⁵⁵

e) Un Dios crucificado

Pero el Dios de Jesús es sobre todo el Dios de la cruz y el sufrimiento, un “Dios Crucificado”, pues la cruz es el acontecimiento culminante de la revelación de Dios y el signo distintivo de la fe cristiana; por eso, comprender a Dios en el Crucificado y desde el Crucificado supone “una verdadera revolución del concepto de Dios”⁵⁶. Jesús viene a revelarnos a Dios y esta revelación culmina en la cruz, según el evangelio de Juan: “Cuando hayáis levantado al Hijo del hombre, entonces

⁵³ *Ibid.*, 120.

⁵⁴ *Ibid.*, 123. E. Schillebeeckx llega a decir que “hoy es mejor no creer en ‘Dios’, que seguir sosteniendo que hay un Dios que esclaviza al hombre y es inhumano, apelando además al radicalismo” (*op. cit.*, 66)

⁵⁵ Santa Teresa del Niño Jesús comprendió y vivió de una forma intensa y radical esta necesaria comunión con los pecadores en los últimos meses de su vida, cuando experimentó la noche oscura de la fe y el mismo abandono de Dios, que Jesús sintió en la cruz muriendo por la salvación de los pecadores: “Tu hija, Señor, ha comprendido tu divina luz y te pide perdón para sus hermanos. Acepta comer el pan del dolor todo el tiempo que tú quieras, y no quiere levantarse de esta mesa repleta de amargura, donde comen los pobres pecadores hasta que llegue el día que tú tienes señalado” (Manuscrito C, 5-7v; cf. I. Bengoechea, *Teresa de Lisieux. Genialidades y sorpresas*, Burgos 1997, 70-75).

⁵⁶ J. Moltmann, *op. cit.*, 217.

sabréis que yo soy” (Jn 8, 28); es decir, la “teofanía” del AT en la que Dios manifiesta su nombre y su identidad (cf. Ex 3) culmina en la cruz de Jesús. Jesús Crucificado significa la revelación de la realidad del hombre y la realidad de Dios, por eso su pasión redentora nos está diciendo “Ecce homo” y “Ecce Deus”: “Jesús Crucificado es la imagen visible del Dios invisible”⁵⁷ y, por tanto, el Dios de Jesús es el que se nos manifiesta paradójicamente en el misterio de la cruz: Si a Jesús, el Crucificado, se le llama ‘imagen viviente del Dios invisible’, esto significa: ése es Dios y así es Dios. Dios no es más grande que en este rebajamiento. Dios no es más glorioso que en esta entrega. Dios no es más poderoso que en esta impotencia, Dios no es más divino que en esta humanidad”⁵⁸.

Esto lo entendió muy bien Lutero en su “theologia crucis”, que él propugnó como verdadera teología cristiana frente a una “theologia gloriae” de la teología escolástica y el conocimiento racional de Dios. En una de sus tesis de la famosa disputa de Heidelberg de 1518, dice: “Con razón se llama teólogo a aquel que entiende representado en el sufrimiento y la cruz lo visible de la esencia de Dios y lo que está vuelto al mundo... Por tanto, en Cristo Crucificado se halla la verdadera teología y conocimiento de Dios” (Tesis 20). Y añade: “El teólogo de la gloria llama a lo malo bueno y a lo bueno malo; el teólogo de la cruz llama a las cosas por su verdadero nombre” (Tesis 21)⁵⁹. Aquí, en la cruz, es donde debemos encontrar al Dios verdadero y donde debemos aprender a conocerlo, donde no nos engañaremos ni podremos ser engañados, pues como el mismo Lutero dice, es fácil que el diablo se vista de magnificencia y de gloria, pero jamás se revestirá de cruz; por tanto, la teología de la cruz y la predicación del Crucificado, será siempre el distintivo más puro y auténtico de nuestra fe cristiana.

El Dios que se nos manifiesta en la cruz de Jesús, se nos revela en la contradicción y la protesta, en la dialéctica y la paradoja... Por eso, dice acertadamente Moltmann: “Conocer a Dios significa padecerlo, conocer a Dios en la cruz de Cristo implica un conocimiento crucificante, porque le destruye a uno todo lo que le puede servir de asidero y edificación”⁶⁰. Creer en este Dios es renunciar a todos los esquemas lógicos, que nos ha presentado tanto la teodicea como la teología; es dejarnos interpelar por este Dios Crucificado, solidario con todo el sufrimiento de la humanidad; por eso, “si queremos saber quién es Dios, debemos arrodillarnos a los pies de la cruz”⁶¹. El Dios-Amor, presente en la historia de la salvación, se manifiesta plenamente en el misterio de la cruz y el sufrimiento; la prueba más patente de que Dios es amor es que ha sufrido y muerto por nosotros. La cruz es por eso “el lugar

⁵⁷ K. Barth, *Kirchliche Dogmatik*, II, 2, 132.

⁵⁸ J. Moltmann, *op. cit.*, 285.

⁵⁹ Cf. M. Lutero, *Obras* (Edición preparada por T. Egido), Salamanca 1977, 74-85.

⁶⁰ *Ibid.*, 295.

⁶¹ J. Moltmann, citado en: B. Forte, *En memoria del Salvador*, Salamanca 1997, 83.

donde Dios habla en el silencio..., el misterio escondido en las tinieblas de la cruz; es el misterio del dolor de Dios y de su amor”⁶²; además el misterio de la cruz de Cristo nos está mostrando el camino para encontrarnos con ese Dios, que no es precisamente el camino de la razón, el poder o la autosuficiencia; la “palabra de la cruz” demuestra que en la pobreza, en la debilidad, en el dolor y la reprobación del mundo, es donde encontraremos a Dios.

La cruz de Jesús nos revela un Dios diferente: “Es un Dios disidente, al cual ni nuestra lógica, ni nuestras leyes, ni nuestras estructuras, ni nuestra Iglesia puede encerrarlo”⁶³. La cruz marca el paso de un Dios de la teodicea, de la ley, de la armonía cósmica, a un Dios Crucificado: un Dios paciente, solidario con todo el dolor de la humanidad, identificado con el sufrimiento de los últimos para poder incluir a todos en la salvación, pues “sólo un Dios que sufre, nos puede salvar” (Bonhoeffer). El Dios de la cruz manifiesta su omnipotencia en la debilidad; su santidad en la solidaridad con el hombre necesitado, su grandeza en la humildad y el desvalimiento, su poder en la compasión y la misericordia. El Dios del Gólgota que sufre y muere fuera del templo y de la ciudad (Heb 13, 12), es un Dios que escandalizó a los piadosos de entonces, a pesar de ser el Dios vivo del AT, pero es el Dios que nos salva, que sufre por amor nuestro; Dios que hace suyo nuestro dolor y no nos deja solos en la noche oscura del sufrimiento⁶⁴.

El Dios de Jesús es el Dios de la cruz y el sufrimiento, el Dios rechazado por quienes condenan a Jesús a muerte y el que escandalizó incluso a los discípulos. Este Dios sigue siendo un escándalo y una provocación en nuestro mundo y nuestra cultura, donde el dolor y el sufrimiento siguen siendo experiencias enigmáticas, difícilmente compaginables para muchos con la fe en un Dios-Amor, y donde los dioses que triunfan son los que tienen que ver con la negación de la cruz. La fe en este Dios es una provocación para la mentalidad materialista, edonista y ególatra de nuestra sociedad, pero también para quienes esperan que Dios nos solucione de manera mágica todos los problemas, o sencillamente que baje de la cruz. Pero creer en este Dios, podrá convertirse también en escándalo, si pretendemos compaginar la cruz con la espada o la cruz con los ídolos de nuestra cultura, si queremos ser cristianos sin seguir las huellas de Cristo y sin comprometernos con los valores que le llevaron a él a la cruz, si queremos separar a Dios del sufrimiento humano, olvidando que “junto al inocente que muere, solidario con él y en él, está Dios en la cruz”⁶⁵.

⁶² B. Forte, *Ibd.*, 73. En la cruz de Cristo, “Dios habla en el silencio; colgado del leño de la cruz, el Hijo de Dios se quejó del dolor causado por este silencio ... El silencio de Dios prolonga sus palabras precedentes. En esos momentos de oscuridad, habla en el misterio del silencio” (Benedicto XVI, *Verbum Domini*, 21).

⁶³ Ch. Duquoc, *op. cit.*, 119.

⁶⁴ Cf. L. Novoa, *Teología, ciencia y sabiduría*, Zaragoza 2019, 74-81.

⁶⁵ B. Forte, *Breve introducción a la fe*, 30.

Si Dios es, como dice Santo Tomás de Aquino, “la primera y suma Verdad” (*ipsa suma et prima Veritas*). Si Dios es el que “ES”, el que fundamenta y sostiene todo lo que existe; y ese Dios se ha manifestado de forma definitiva en Jesucristo, el Dios en quien creemos los cristianos es ciertamente el Dios de Jesucristo. Creemos, por tanto, en el Dios de Jesucristo y, al mismo tiempo, creemos que Jesucristo es Dios, porque Él es para el hombre “Camino, Verdad y Vida” (Jn 14, 6). Creer en el Dios de Jesucristo puede resultar escándalo también hoy, como lo fue para las personas más religiosas y representativas de su tiempo, porque el Dios de Jesucristo es un Dios disidente y diferente de lo que nos imaginamos en principio, porque es un Dios que rompe nuestros esquemas y cuestiona toda representación plausible y razonable de Dios, pues el Dios en quien creemos los cristianos no es un “Dios fríamente omnipotente, sino un Dios que comparte apasionadamente el sufrimiento de sus criaturas”⁶⁶, porque Dios es Amor.

⁶⁶ M. Lütz, *op. cit.*, 226.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUIRRE, R., *Raíces bíblicas de la fe cristiana*, Madrid 1997
- ARIAS, J., *El Dios en quien no creo*, Salamanca 1969
- BARTH, K., *Kirchliche Dogmatik*, II
- BENGOCHEA, I., *Teresa de Lisieux. Genialidades y sorpresas*, Burgos 1997
- BLANK, J., Respuestas del NT, en H. FRIES, *¿Es esto Dios?*, Barcelona 1973
- BENEDICTO XVI, Exhortación apostólica postsinodal *Verbum Domini*, Verbo Divino, Estella 2010
- BOBIN, CH., *Resucitar*, Madrid 2017
- CORDOVILLA, A., *Crisis de Dios y crisis de la fe*, Santander 2012
- DE LUBAC, H., *La fe cristiana*, Salamanca 2012
- DUQUOC, CH., *Dios diferente*, Salamanca 1968
- DOSTOYESKI, F., *Los hermanos Karamazov*, Barcelona 1968
- ECO, U. - MARTINI, C.M., *¿En qué creen los que no creen?*, Madrid 2005
- FISICHELLA, R., *Introducción a la teología fundamental*, Estella 1993
- FORTE, B., *Breve introducción a la fe*, Madrid 1994
- _____, *En memoria del Salvador*, Salamanca 1997
- FRIES, H., *¿Es esto Dios?*, Barcelona 1973
- GIBELLINI, R., *La teología del siglo XX*, Santander 1998
- GONZÁLEZ FAUS, J.I., *La humanidad nueva (Ensayo de Cristología)*, Madrid 1977
- JEREMIAS, J., *Abba: El mensaje central del NT*, Salamanca 1981
- KASPER, W. – AUGUSTIN, G. (Eds), *Dios en la pandemia*, Santander 2020
- KEHL, M., *Introducción a la fe cristiana*, Salamanca 2002
- LEON-DUFOUR, X., *Vocabulario de teología bíblica*, Barcelona 1975
- LUTERO, M., *Obras*, Salamanca 1977
- LÜTZ, M., *Una breve historia de lo eterno*, Santander 2009

- MOLTMANN, J., *El Dios crucificado*, Salamanca 1975
- MORIN, D., *Dios*, Estella 1990
- NOVOA, L., *Teología, ciencia y sabiduría*, Zaragoza 2019
- RATZINGER, J., *Jesús de Nazaret*, I, Madrid 2007
- _____, *El Dios de Jesucristo*, Salamanca 1979
- _____, J., *Introducción al cristianismo*, Salamanca 1971
- _____, J., *Fe, verdad y tolerancia*, Salamanca 2006
- SAN AGUSTÍN, *De Trinitate*, VIII, 10
- _____, *Confesiones*, V, II, 2; LX, XXVIII.
- _____, *Serm.*, 52, 16
- SAN JUSTINO, *Apología*
- SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS (Manuscrito C, 5-7v)
- SCHILLEBEECKX, E., *Los hombres, relato de Dios*, Salamanca 1994
- SAN JUAN CRISÓSTOMO, PG, 54
- SCHNACKENBURG, R., *La imagen de Dios en el NT*, en: *Diccionario Bíblico*, Barcelona 1967
- STEIN, E., *Selección epistolar*, Madrid 1976
- TORRES QUEIRUGA, A., *Recuperar la creación*, Santander 1997
- VANHOYE, A., *Tanto amó Dios al mundo*, Madrid 2005
- VARONE, F., *El dios "sádico"*, Santander 1988
- VIVES, J., 'Dioses para no creer', *Sal Terrae* 5 (1991), 381-389
- _____, '¿Hablar de Dios en el umbral del siglo XXI?', *Cuadernos Cristianisme i Justícia*, nº 75, 18
- WEIL, S., *La gravedad y la gracia*, Madrid 1994
- ZAHRNT, H., *Dios no puede morir*, Bilbao 1971